



1111

Se suponía que solo iba a ser un rollo de una noche,
pero el destino tenía otros planes...

MICALEA
SMELTZER

SIREN  BOOKS

MICALEA SMELTZER



Traducción de
Leire García-Pascual Cuartango

SIREN  BOOKS

Primera edición: febrero 2026

© 2024 *Eleven Eleven* by Micalea Smeltzer

© de la traducción: Leire García-Pascual Cuartango, 2026

© de la corrección de estilo: Patricia Rouco

© de la corrección ortotipográfica: Ligia Boga

© diseño de cubierta: Emily Wittig

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2026

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 979-13-87864-15-6

Depósito legal: M-26201-2025

Thema: FRD

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para aquellas a las que les gusta un hombre con gafas.
De nada.*

Aviso de contenido:

Mención de aborto y problemas de fertilidad, abuso físico y emocional



PARTE UNO





Relajo el agarre sobre el volante y mis nudillos blanquecinos recobran poco a poco su característico tono rosado cuando dejo atrás el cartel de Parkerville, Maine. Quizás atravesar el país con un camión de mudanza no fue la decisión más inteligente que he tomado en mi vida, sobre todo teniendo en cuenta que odio conducir y que nunca me había puesto al volante de nada más grande que un sedán.

Contratar a una empresa de mudanza y volar hasta aquí habría sido lo más fácil, pero quería hacer esto sola, y necesitaba que este viaje por carretera me ayudase a aclarar las ideas.

Dejé todo lo que conocía en California, pero, tras mi divorcio, no podía quedarme allí ni un minuto más. Aquel lugar había dejado de ser mi hogar. Y, por encima de todo, necesitaba cambiar mi vida por completo.

La antigua yo jamás habría dejado su trabajo y nunca habría comprado un edificio que no hubiese visto antes en un sitio que ni siquiera había pisado.

Sí, así es. No compré una casa, sino un edificio entero.

¿Pero la nueva yo? Bueno, está desesperada por salir de la jaula en la que se metió ella solita hace mucho tiempo.

Quiero nuevas aventuras. Quiero hacer cosas que jamás pude hacer porque me casé cuando aún era muy joven y me dediqué en cuerpo y alma a sacarme el título de Derecho, y después me volqué por completo en mi trabajo.

Todo ese esfuerzo... y mira a dónde me ha llevado: infeliz y, encima, divorciada.

Respiro entrecortadamente y bajo la mirada hacia las luces verdes que iluminan el reloj del salpicadero.

Las once y once.

Cierro los ojos y pido un deseo.

«Deseo haber tomado la decisión correcta al mudarme».

Vuelvo a centrar la mirada en la carretera con rapidez y echo un vistazo a mi alrededor.

A lo mejor es un poco cursi eso de pedirle un deseo a unos simples números, o a una estrella fugaz, pero pienso aferrarme a cualquier resquicio de suerte que el universo me mande.

Mientras recorro las calles desconocidas del pequeño pueblo, le agradezco en silencio al universo que sea casi medianoche. No hay ni un alma cuando por fin aparco frente al viejo edificio de ladrillo. Tengo pensado renovar la planta baja para convertirla en un estudio de arte y vivir en el piso de arriba. En cuanto encontré este lugar y vi el potencial que tenía, comprar una casa careció de sentido.

Me recuesto sobre el volante mientras me fijo en cada uno de los detalles que componen la fachada. Cuando lo compré, sabía que necesitaría mucho trabajo, pero saberlo y verlo con mis propios ojos son dos cosas completamente distintas.

Vuelvo a agradecer en silencio haber llegado tan tarde cuando intento aparcar el camión de mudanzas frente al edificio. Si hubiese alguien paseando por la calle a estas horas, siendo testigo de lo mal que se me da, viéndome retroceder y avanzar de nuevo, girar el volante y vuelta a empezar, lo más probable es que me pusiese más nerviosa de lo que ya estoy.

Tardo unos buenos quince minutos en aparcar el camión más o menos en su sitio. Con suerte, lo he aparcado lo bastante bien como para que no me pongan una multa en mi primer día aquí. Lo último que me apetece en este momento es presentarme en el pueblo infringiendo la ley. Claro que, teniendo en cuenta la suerte que estoy teniendo últimamente, tampoco sería una locura.

Una vez que he aparcado el camión, le mando un mensaje a mi hermana pequeña, Izzy, para avisarla de que ya he llegado.

Casi al momento, mi teléfono móvil comienza a vibrarme en la mano. Acepto la videollamada de FaceTime deslizando el dedo por la pantalla, plenamente consciente de que debo de tener un aspecto horrible. Llevo casi una semana viviendo de hotel en hotel. Desde mi antigua casa hasta aquí hay unas cincuenta horas en coche, así que decidí hacer el viaje a mi ritmo. Además, conducir el camión de la mudanza durante mucho tiempo no le sentaba nada bien a mi ansiedad.

El rostro de Izzy se ilumina en la pantalla, con su pelo recogido en un moño perfecto. Su maquillaje también está impecable; se ha pintado los labios de un rojo sangre intenso. Está sumida en la penumbra, pero por lo que puedo entrever justo detrás de ella, parece estar en un reservado de algún restaurante.

—¿Has salido a cenar?

Para ella son pasadas las ocho de la tarde.

Se encoge de hombros, lo que hace que su camiseta con los hombros al descubierto se le baje un poco más.

—Es para un vídeo.

Izzy empezó a grabar videoblogs cuando tenía dieciséis años y consiguió un montón de seguidores en su canal en muy poco tiempo. Ahora, con veinticinco, se ha labrado todo un imperio, valiéndose tan solo de su nombre y su forma de ser.

—No tenías por qué llamarme —le digo, a la vez que trato de contener un bostezo.

Me muero de ganas por meterme en la cama, salvo por un pequeño problema: mi cama está metida en la parte de atrás del camión, así que me va a tocar esperar un poco más. Por suerte, se me ocurrió comprarme un saco de dormir antes de emprender el viaje hasta aquí.

—Enciende la luz o algo, payasa. Que ni siquiera puedo verte la cara —me regaña en broma, y deja caer la cabeza en el puño.

—Ah, voy.

Enciendo la luz que tengo encima de la cabeza.

—Échate un poco de crema para las ojeras esta noche, que pareces una vampira, y no una muy guapa que digamos. —Me guiña un ojo.

—Ja, ja. —Suelto una risa falsa y me froto los ojos, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa se dibuje en mi rostro—. Eso es justo lo que pretendía.

Mi hermana se acerca un poco más a la pantalla.

—En realidad, más bien pareces Robert Pattinson en *Batman*.

Observo mi imagen en la pequeña ventanita de la videollamada y hago una mueca. No lo dice de broma.

—Se me había olvidado que me había maquillado.

—¿No me digas? —Suelta una risita divertida. Se echa a un lado, casi saliéndose de la pantalla, y le da un mordisco a algo que no alcanzo a ver—. No te olvides de desmaquillarte. Es importante cuidarse la piel. Acuérdate de lo que te dije: primero te limpias la cara con un limpiador en aceite y luego ya con el gel.

Tomo el vaso metálico del posavasos y me lo llevo a los labios, solo para darme cuenta un segundo después de que está vacío. Estupendo.

—Ya, ya, lo sé. —En realidad, se me había olvidado. Tengo demasiado en lo que pensar como para acordarme del orden en el que debo usar todos los productos que Izzy me ha obligado a comprar—. Será mejor que cuelgue para meter algunas cosas dentro. Mañana te llamo.

—Vale. Solo quería verte. Te echo de menos.

Frunce el ceño, y me fijo en cómo se le anegan los ojos en lágrimas. Izzy vive en Los Ángeles, así que, incluso antes de que me mudase, ya vivíamos a varias horas de distancia, pero ahora estamos cada una en una punta del país.

—Yo también te echo de menos. En cuanto me instale y abra el estudio, deberías pasarte por aquí a visitarme. Incluso podrías grabar un vídeo.

Por mucho que odie que me graben, admito que esa publicidad me vendría de perlas.

Me fijo en cómo mi hermana juguetea nerviosa con la cadena de oro que le rodea el cuello, luchando por contener una sonrisa.

—Pero si nunca quieres salir en mis vídeos.

Me encojo de hombros.

—Eso era antes.

Antes, cuando era abogada, estaba casada y no me preocupaba la posibilidad de no llegar a fin de mes.

Me observa con la cabeza ladeada y una mirada cargada de simpatía.

Se me revuelve el estómago al ver cómo me mira. No quiero darle pena.

Yo no quiero darme pena a mí misma. Ya he llorado lo suficiente por mi matrimonio fracasado. Pero eso se acabó. Chase ahora forma parte de mi pasado. Mi familia no entiende por qué necesito mudarme tan lejos de ellos, pero empezar de cero, hacer borrón y cuenta nueva en un lugar donde nadie me conoce, es justo lo que necesito para poder recuperarme.

—Claro —responde tras un rato—. Eso me encantaría. Avísame cuando estés lista.

—Te quiero, Izzy-Tizzy.

Pone los ojos en blanco al oírme llamarla así y me saca la lengua.

—Yo te quiero más, Via-Mia. Mándame un mensaje en cuanto estés instalada para saber que no te ha asesinado alguno de esos pueblerinos con un hacha y te ha dado de comer a sus cerdos.

Suelto una carcajada divertida.

—Esa es una imagen demasiado concreta, y admito que has conseguido asustarme un poco, así que gracias por eso.

—De nada. Adiós.

Alza un par de dedos formando la señal de la paz y después cuelga la llamada.

El silencio se apodera de la cabina del camión. Un duro recordatorio de que, de ahora en adelante, estoy sola.

Tardo un buen rato en armarme del valor necesario para bajarme del camión. Tengo las piernas agarrotadas y la vejiga me está matando. Llevo con ganas de ir al baño desde hace media hora, pero me negué a parar cuando me empezaron a entrar las ganas.

—Las llaves deberían estar por aquí —murmuro mientras me dirijo hacia la entrada del edificio.

La agente inmobiliaria me dijo que las dejaría bajo la maceta en forma de gnomo. Pensé que lo decía de broma hasta que me mandó una foto. Al principio no me podía creer que de verdad fuese a dejar las llaves del edificio debajo de una maceta, pero después me di cuenta de que en los pueblos las cosas funcionan de otra manera. Eso, y que se rio de mí cuando le pregunté si alguien podría usarlas para colarse en el edificio.

Ahora que estoy de pie frente a la fachada en ruinas, comprendo por qué se rio cuando se lo pregunté. Sí que vi varias fotos del edificio antes de comprarlo, pero ahora que estoy aquí estoy segura de que quienquiera que las hiciese les puso un filtro o algo. Bajo el brillo de las farolas antiguas, da la sensación de que el edificio de ladrillo se va a derrumbar si de repente aparece un lobo y se pone a soplar demasiado fuerte. Y yo también, qué ironía.

Allí, junto a la puerta, está la maceta en forma de gnomo, tal y como me prometió. La levanto y saco el llavero de su escondite. Hay dos llaves: una para la entrada de la tienda y otra para el piso de la segunda planta.

Me quedo mirándolas fijamente y pensando por un momento: «¿qué cojones está pasando?».

No me puedo creer que esté haciendo esto.

Cierro los dedos alrededor de las llaves con tanta fuerza que los bordes estriados se me clavan en la palma de la mano. Me hago daño, aunque no duele tanto como mi corazón roto. Supongo que tiene sentido. Empezar de cero duele un poco. Crecer también duele.

Con las llaves en la mano, decido, aquí y ahora, aceptar ese dolor.

Cuando siento que me he quitado un peso de encima, voy hacia la entrada principal y me adentro en el interior del edificio.

Pero, al echar un vistazo a mi alrededor, al escenario de mi nueva vida, se me encoge el corazón.

—Oh, mierda.

2

A la luz del día es incluso peor.

Me llevo las manos a la cintura y observo el espacio, sintiéndome absolutamente impotente. La ansiedad me forma un nudo en el pecho al ver todo el polvo, la suciedad y la mugre que voy a tener que fregar a conciencia. Voy a necesitar un EPI para limpiar todo esto. En serio. Lo más probable es que este sitio esté lleno de bichos y roedores. Es el sueño de cualquier acumulador compulsivo. Todo el lugar está lleno a rebosar de montones de periódicos, pilas de cachivaches sin sentido y muebles rotos.

Lo único positivo de todo esto es que el piso está mucho mejor. Hasta donde he podido ver, al menos la última persona que lo ocupó sabía cómo mantener limpio el lugar. Necesitará algunos arreglillos, claro está, pero eso no es nada en comparación con lo que me va a tocar hacer en la planta baja.

Claro que aquí la única culpable soy yo. La agente inmobiliaria me advirtió de que este sitio iba a necesitar unos cuantos arreglillos. Quizás podría haber explicado mejor a qué se refería con eso, pero tal vez yo también podría habérselo preguntado. Sinceramente, me daba miedo que, si lo pensaba demasiado, me acabase echando atrás. Y me negaba a ser una cobarde.

Saco el teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros y abro la aplicación de notas para empezar a hacer una lista de todo de lo que voy a tener que ocuparme.

En primer lugar: traer un contenedor, y cuanto antes. Lo siguiente: llamar a un contratista que ponga todo esto en orden. También voy a tener que buscar dónde está la tienda de menaje más cercana y comprar nuevos electrodomésticos. El frigorífico y la cocina del apartamento son auténticas reliquias de los años ochenta. Y, si hay algo que me encante hacer aparte de pintar, es cocinar, así que es imperativo que compre unos de este siglo.

Satisfecha con mi lista, vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo y decido ignorar el desastre entre el que tengo que abrirme paso. Ahora mismo, lo que necesito es desayunar y, como no tengo comida en la nevera, espero que haya alguna cafetería o restaurante lo bastante cerca como para ir andando.

En cuanto salgo, ya a la luz del día, echo un vistazo a mi alrededor. Parece que mi tienda se encuentra en pleno centro del casco antiguo y, a través de los huecos que se forman entre los edificios de enfrente, puedo vislumbrar el mar. La atmósfera es idílica. La mayoría de los edificios de ladrillo están bastante bien conservados, al contrario del que he comprado yo, y aunque el pueblo es bastante pequeño, está lleno de vida. Los transeúntes se saludan al cruzarse los unos con los otros, todos con una sonrisa en la cara. Muchas de las tiendas tienen las puertas abiertas de par en par, y la floristería de la esquina exhibe preciosos ramos de flores en la entrada.

Esbozo una sonrisa mientras recorro la calle, convencida de que aquí es justo donde debo estar. Esta pequeña comunidad no tiene nada que ver con la de San Francisco.

Más adelante, veo un letrero que reza «Norma's Diner», con enormes letras amarillas, colgado justo en el lateral de uno de los edificios.

Como si lo hubiesen invocado, mi estómago hace acto de presencia, rugiendo con fuerza.

Cuando abro la puerta del local, la campanita que hay colgada justo encima tintinea con suavidad, avisando de mi llegada.

Y justo en ese mismo instante, los ojos de todos los clientes se posan en mí.

Me quedo helada bajo las miradas curiosas, con el corazón en la garganta. A juzgar por el montón de ojos que me observan sin parpadear, una podría pensar que vengo de un planeta alienígena, pero cuando bajo la mirada hacia mi cuerpo para comprobarlo no encuentro nada que me haga destacar por encima de los demás, tan solo mis vaqueros y mi jersey negro de cuello alto.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me pregunta la mujer de pelo cano y recogido que está de pie detrás del mostrador—. Pareces perdida, querida.

—No. —Niego con la cabeza antes de ponerme a sudar profusamente bajo el escrutinio de los demás clientes—. No me he perdido. Solo quería desayunar.

Me pongo a jugar con las manos, nerviosa, tratando de mantenerlas lo más quietas posible.

La mujer me observa atentamente por un momento, en completo silencio.

—Muy bien —repite al final—. Siéntate donde quieras. Ahora voy a tomarte nota.

Me abro paso a través de las mesas ocupadas y me deslizo en el interior de un reservado que hay justo al fondo, en una esquina. Tan pronto poso el trasero en el asiento de cuero rasgado, la gente retoma sus conversaciones. No me había percatado del silencio que se había apoderado del comedor hasta ahora.

Bajo ligeramente la cabeza, dejando que el pelo me caiga por la cara a modo de escudo, porque, aunque ahora la cafetería esté llena del murmullo vibrante de las conversaciones de los clientes, todavía puedo notar unas cuantas miradas clavadas en mí.

Jamás había experimentado una sensación así, esa en la que eres plenamente consciente de que te están mirando atentamente, porque hasta este momento solo había vivido en ciudades grandes, donde a nadie le parece extraño no conocer a todo el mundo.

La mujer con la que he hablado hace un momento se me acerca, con la carta en la mano, dando golpecitos a la hoja plastificada con sus largas uñas acrílicas rojas.

—No eres de por aquí.

No es una pregunta, sino una afirmación, pero aun así le respondo.

—No, acabo de mudarme.

Juro que en ese mismo instante todo el mundo contiene el aliento.

—¿Te acabas de mudar aquí? —Me mira de arriba abajo. No me está juzgando, al menos no tengo la sensación de que lo esté haciendo. Me observa con la cabeza ladeada y las cejas enarcadas, lo que le da un aspecto más bien sorprendido—. ¿A Parkerville?

Con cuidado, acepto la carta que me tiende y me la llevo al pecho como si fuese un escudo.

—Sí. He comprado el edificio al final de la calle. Antes era una tienda de segunda mano.

—Ah, sí. —Asiente—. Escuché que se había vendido.

A nuestro alrededor se alzan los murmullos de los clientes, que parecen estar de acuerdo con lo que acaba de decir la mujer y está claro que están bastante pendientes de nuestra conversación. Dejo caer los hombros al percatarme de la atención que me están prestando.

—Lo que no sabía era que la había comprado alguien de fuera. —Se lleva una mano a la cintura—. ¿Qué te ha traído a Parkerville?

Carraspeo con fuerza y opto por decir la verdad. Los pueblos pequeños son bastante conocidos por sus habitantes cotillas, ¿no? Así que estoy segura de que al final lo acabarían descubriendo. Será mejor que sea yo quien se lo cuente.

—Me acabo de divorciar y necesitaba un cambio de aires.

—¿Y cómo conociste este sitio?

Suspiro con fuerza, resignada, porque no me va a quedar más que soportar este interrogatorio. Si no lo hago, quizás nunca me den de comer. Está claro que esta mujer no tiene ninguna prisa por tomarme nota.

—Muchas búsquedas en Google. Estaba buscando un cambio, un lugar completamente distinto, y me encanta el mar. Así que este me pareció el destino ideal.

—Mmm. —Le da unos suaves golpecitos a la mesa de madera con sus largas uñas rojas—. ¿No estarás pensando en arreglar ese sitio

para después venderlo a una compañía, verdad? ¿O a una empresa de apartamentos de lujo? Si es así, te diré algo: no queremos que este pueblo se llene de turistas. Nos gustan las cosas tal y como son ahora.

Se me revuelve el estómago ante la acusación.

—No, eso no es en absoluto lo que tengo pensado. —Está siendo bastante borde, así que lo último que me apetece hacer en este momento es hablarle sobre mis planes, pero opto por seguir como hasta ahora: ser completamente sincera. He tenido que tratar con mucha gente a lo largo de mi vida como para saber qué es lo que puedo hacer para inclinar la balanza en mi favor—. Voy a convertir la planta baja en un estudio de arte, un lugar donde la gente pueda venir a pintar y dibujar, esa clase de cosas, y viviré en el piso que hay justo encima.

La mujer se queda mirándome fijamente durante un minuto más antes de esbozar lentamente una sonrisa.

—En ese caso, bienvenida a Parkerville. Yo soy Dolores. ¿Qué te apetece beber?

Apoyo los brazos sobre la mesa y suspiro con fuerza, agotada, pero agradecida de que el interrogatorio haya acabado. Es justo por esta clase de enfrentamientos por los que decidí dejar de ser abogada. Puede que se me dé muy bien exponer mi caso y ganar, pero eso no significa que me guste hacerlo.

—Me encantaría tomar un café con leche y azúcar, para empezar.

—Ahora mismo te lo traigo.

Le da otro golpecito suave a la mesa y se gira hacia el mostrador en busca de mi café. Al verla marchar, los comensales reanudan sus conversaciones.

Acabo de decidir que también voy a pedir la tortilla de verduras cuando Dolores regresa con mi bebida y, en cuanto le digo mi comanda, le echo un poco más de leche y azúcar al café para que esté tal y como me gusta. El primer sorbo que doy me recorre la garganta como si fuese el mismismo néctar de los dioses. Cierro los ojos y me deleito en el sabor del café de verdad; el brebaje asqueroso de las gasolineras con el que he estado subsistiendo hasta ahora no le llega ni a la suela

de los zapatos. Me aferro a la taza con ambas manos y dejo que su calor me reconforte.

Es extraño pensar que ahora este es mi hogar. Este es el principio de mi nueva vida. El mayor riesgo que he asumido jamás. He dejado atrás un trabajo que me pagaba un sueldo increíble, así como a mi familia y amigos, y todo por un futuro lleno de incertidumbre.

Y, sin embargo, siento que he tomado la decisión correcta.

Aquí es justo donde debo estar.

Al menos, por ahora.

3

Cubierta en sudor, salgo del local con la quinta bolsa de basura del día. Tengo que luchar para poder levantarla y lanzarla al interior del contenedor que me han traído esta mañana. Llevo aquí una semana y ni siquiera he conseguido abrirme camino entre el desastre que reina en lo que será mi estudio de arte. No tiene sentido llamar a ningún contratista para pedir un presupuesto cuando el espacio está tan lleno de mierda que es imposible ver el suelo o gran parte de las paredes. Podría haber contratado a alguien para que se encargase de la limpieza, pero estoy intentando estirar mis ahorros todo lo que pueda. Ya me va a costar un dineral renovar este lugar, por eso he decidido encargarme personalmente de todo lo que pueda hacer yo solita y ahorrar para los proyectos más grandes.

Me quito los guantes de trabajo, muevo los dedos lentamente para devolverlos a la vida y me aparto el pelo de la frente húmeda. Me dejo caer sobre la acera, sentándome junto al contenedor, y me tomo un momento para llenar los pulmones de aire fresco. El olor que impregna el interior del edificio me ha provocado más de una arcada.

Echo el peso de mi cuerpo a un lado para sacar mi teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros y no me sorprende no encontrarme ninguna notificación. Izzy es la única persona de mi antigua vida que se ha molestado en ponerse en contacto conmigo desde que me marché de California.

Incluso mi propia madre ha optado por ignorarme. ¿Por qué?

Porque adoraba a Chase. Para ella, todo lo que ocurrió fue culpa *mía*. No le di lo que quería; por eso se tuvo que ir a buscarlo a otra parte.

«Deberías haberte esforzado más. Arréglalo».

Lo habría hecho si hubiese podido, pero las pruebas de embarazo negativas se fueron amontonando con el paso del tiempo y mi cuerpo me falló, nos falló a los dos.

No podía quedarme embarazada; por eso fue a buscar a otra mujer que sí pudiese.

Su secretaria.

Qué típico, joder.

Me eché a reír cuando me lo confesó, soltando un montón de carcajadas entrecortadas e histéricas. Si no me hubiese reído, estaba segura de que me habría echado a llorar. Ella no solo podía darle el hijo que tanto quería, sino que además solo tenía veinticinco años.

No debería haber estado tan ciega. Al fin y al cabo, Chase es un hombre. Pero habíamos estado muchísimo tiempo juntos. Era mi *mejor amigo*. Y entonces fue él y lo lanzó todo por la borda. Llevaba meses siéndome infiel, y yo había estado tan sumida en el duelo por no poder quedarme embarazada y en mi trabajo, que no paraba de acumularse, que no me había dado cuenta.

Abro la aplicación de mensajes con el pulgar y accedo a la conversación con mi madre. Ha leído el mensaje que le mandé la mañana después de llegar aquí. Tan solo era para decirle que todo había ido bien, que había llegado sana y salva, pero ni siquiera me respondió con un emoticono del pulgar hacia arriba.

Estaba segura de que se le acabaría pasando. Aunque, a estas alturas de la vida, no tenía muy claro si me importaba. Llevaba demasiado tiempo poniendo la felicidad de mis padres por encima de la mía. Me había hecho abogada solo por ellos. A mí nunca me había interesado el derecho, pero me habían empujado a estudiar una carrera universitaria. Y yo les había hecho caso porque quería que estuviesen orgullosos de mí. No me malinterpretas: sí que me gustaba el derecho de familia, pero no me apasionaba.

Me levanto, me vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me pongo los guantes de nuevo. Después de respirar hondo, echo los hombros hacia atrás y regreso a la zona de peligro.

Quizás mi madre tenga razón al estar enfadada conmigo. Todo esto *es* una locura. No tengo ni idea de qué estoy haciendo: dirigiendo un negocio, enseñando pintura. Siempre he tenido una vena artística; la pintura ha sido mi lugar seguro desde que era pequeña. Mi sueño era estudiar Bellas Artes, pero no paraban de decirme que tenía que elegir una carrera mucho más práctica. Cuando decidí dejar mi trabajo, la idea de volver a mis raíces artísticas se asentó en mi pecho y no pude librarme de ella. Puede que fuese una locura, pero sentía que era lo que tenía que hacer.

Cojo una bolsa de basura vacía, la sacudo para abrirla y recojo un trozo de papel de cocina rasgado y lleno de mugre. Al levantarlo, un ratón sale corriendo de debajo y pasa a toda velocidad junto a mi pie. El grito que surge de mis labios resulta cómicamente agudo.

Ya había visto los excrementos de roedor. Sabía que lo más probable era que me encontrase con al menos uno vivo, pero saberlo y verlo son dos cosas muy distintas.

El corazón me late desbocado en el pecho.

«Llamar a control de plagas». Lo añado a mi lista mental para poder apuntarlo después en mi lista real.

Suspiro con fuerza, echo la cabeza hacia atrás y observo atentamente las vigas de madera que cruzan el techo. Este lugar tiene una estructura maravillosa. Tiene muchísimo potencial. Merece la pena. Eso es justo lo que llevo días repitiéndome.

Al final, todo este trabajo valdrá la pena.

—¿Has hecho todo eso tú sola?

Mi hermana observa la estancia boquiabierta desde la pantalla de mi teléfono mientras recorro el piso, enfocándolo todo con la cámara.

—Eh... en parte.

La veo arquear una ceja al tiempo que le doy un par de golpecitos a la pantalla para cambiar de cámara.

—¿Qué quieres decir con «en parte»?

Coloco el teléfono contra el bote de azúcar que tengo sobre la encimera y tomo mi taza de café. Cierro los ojos y me obligo a relajarme al darle un generoso sorbo a la bebida.

—Un par de vecinos vieron que estaba teniendo problemas para ocuparme de todo sola y se acercaron a echarme una mano.

Izzy suelta una carcajada amarga y coge en brazos a la bola de pelo que tiene por perro. Es un bichón maltés llamado Wonton.

—Eso en Los Ángeles no ocurriría jamás. Es más probable que te atraquen antes de que alguien se ofrezca a echarte una mano.

—Ya, por desgracia.

Le doy otro sorbo a mi café, el mismo que me he hecho con mi máquina Nespresso, una reliquia de mi antigua vida.

—El sitio es bastante mono —sigue—. ¿Qué tienes pensado hacer?

Echo un vistazo por encima del hombro, hacia la pared lisa que tengo justo detrás.

—Estaba pensando en empapelar la pared con un papel colorido. Pero a este sitio le hace falta una buena mano de pintura y unos suelos nuevos urgentemente.

El piso está en mucho mejor estado que el estudio de la planta inferior, pero aun así necesita muchas más reformas de las que había pensado. El baño hay que reformarlo entero. La presión del agua es una mierda y la cadena tan solo funciona la mitad de las veces. Estoy bastante segura de que los azulejos, que en un principio me parecieron de un diseño estrafalario, en realidad están llenos de moho. Lo más probable es que esté viviendo en una casa que es un peligro para la salud.

Así que no solo tengo que pedir un presupuesto para que me arreglen la planta baja, sino que también he decidido que tengo que empezar a reformar la segunda planta cuanto antes, en vez de esperar. Ten-

go pensado quedarme aquí bastante tiempo, así que debería poder vivir en este piso. Y, si en el futuro decido alquilarlo, no podré hacerlo si se encuentra en este estado.

—Seguro que te queda precioso cuando acabes la reforma. —O está intentando ser positiva por mí, o de verdad le ve potencial a este sitio—. Ya me dirás cuándo puedo ir a hacerte una visita.

Suelto una carcajada amarga.

—Para eso todavía falta mucho.

Tengo una lista de tareas interminable.

—Siempre puedo quedarme en un hotel.

—Por aquí no hay hoteles. —Al menos, no la clase de hoteles a los que ella está acostumbrada—. Tan solo hay un motel que parece sacado de una película de terror y un hostel. Nada más.

—Oh, así que un hostel, ¿eh? —Aplaude con las patitas de Wonton—. Seguro que es adorable. A lo mejor podría incluso grabar un videoblog allí.

—¿En serio crees que a tus seguidores les podría interesar este sitio? Parkerville no es un destino demasiado turístico que digamos.

A mí me parece un lugar precioso e idílico, pero eso no quiere decir que los demás vayan a opinar lo mismo.

Encoge un solo hombro.

—De todo se puede sacar contenido. Y te aseguro que yo puedo convertir cualquier lugar en un destino turístico de revista. Aunque eso ya lo sabes. Pero dejemos de hablar de mí. ¿Tienes pensado hacer algo divertido este fin de semana?

Suelto una carcajada amarga.

—¿Algo divertido? Izzy, llevo sin hacer algo divertido desde antes de casarme.

Wonton no deja de revolverse entre sus brazos, por lo que lo deposita en el suelo con cuidado y se acerca un poco más a la pantalla de su teléfono.

—Pues eso se acabó. Es viernes. Sal a dar una vuelta por ahí. Haz alguna locura.

—¿Alguna locura? —Me acerco al fregadero con mi taza de café vacía y la lavo—. ¿Como qué?

—Yo qué sé. Ve a un bar. Enróllate con algún desconocido buenorro. Sal ahí fuera, Via. Vive un poco. Te lo mereces.

Sí que había pensado en salir esta noche, aunque sabía que me acabaría echando atrás. No conozco a nadie en el pueblo y solo pensar en repetir la experiencia de mi primer día en la cafetería hace que me entren los calores, y no en el buen sentido. Pero hay una ciudad un poco más grande a unos veinte minutos en coche. Podría acercarme.

El corazón se me acelera un poco al pensar en salir por ahí. Mi vida en Parkerville ha sido bastante solitaria hasta ahora.

—A lo mejor lo hago.

Izzy esboza una sonrisa casi cegadora.

—Nada de «a lo mejor». Vas a salir. Todavía tienes ese vestido verde, ¿no? ¿Sabes a cuál me refiero?

Pues claro que lo sé. Me lo compré con ella. Lo hice con la idea de ponérmelo en mi aniversario. Solo que, para cuando llegó el día, Chase y yo ya estábamos separados.

—Todavía lo tengo —admito, agachando la cabeza.

Fue muy caro, así que quizás debería haberlo devuelto, pero es precioso. Por un momento pensé en devolverlo, pero, al final, no tuve valor para desprenderme de él. Todavía no he tenido ocasión de ponérmelo, pero me merezco llevar ese vestido. Y que le den al imbécil de Chase.

—Genial. —Izzy esboza una sonrisa y la veo frotarse las manos como si fuese la villana de una película cutre de superhéroes—. Póntelo. Te hace unas tetas increíbles.

—¡Izzy!

Suelto una sonora carcajada.

—¿Qué? Es la verdad. Si no fueses mi hermana, te aseguro que te entraría a saco si te viese con ese vestido puesto.

Escondo mi rostro entre las manos y contengo otra carcajada.

Sé que solo está diciéndolo para hacerme sentir mejor. Chase se encargó de acabar con cualquier resquicio de confianza que pudiese

quedarme. A veces, en mis peores momentos, todavía escucho su voz en mi cabeza diciéndome que ya no me encontraba atractiva.

—No seas gallina, Via. Lo digo en serio.

—Vale —accedo, antes de recogerme los largos mechones negros en una coleta alta con una goma y apretarla—. Saldré.

Mi hermana se pone a hacer un baile de la felicidad y después señala la cámara.

—Lo sabré si no lo haces. Te estaré rastreando a través de Buscar mi iPhone.

—Muy bien, acosadora.

—Sal a divertirte, Via. Es lo único que te pido. Te lo mereces.

A divertirme... Ya no estoy segura de saber cómo hacer eso.